

En el principio, siempre ha estado el final.

Comencé a trabajar en cuidados paliativos al poco de ser padre. Es de esas cosas que no sabes bien explicar, pero plenas de sentido. Todos me decían: “¡pero a dónde vas!”, como si fuera un contra-sentido contemplar como la vida se abre camino y, a la vez, acompañar a los que están al final del mismo. Pero a mí me inundaba un océano de serenidad, de esos que te confirman que estás cómodo en tus zapatos, que has encontrado tu pequeño refugio en el mundo.

Quizá es porque ya hace tiempo que no me creo que la vida sea eso que todos me cuentan. Una especie de bola de cristal, de esas que solemos comprar como recuerdo en los viajes, en la que lo único imprevisible es dónde va a caer el copo de nieve después de agitarla. Sub-mundos con apariencia de perfección, que simulan esa vida que anhelamos, controlable, sin sorpresas, inerte, al fin y al cabo. Es probable que, ya desde hace tiempo, la primavera, como decía el poeta, no me sepa igual si no tiene una esquina rota. O que los sabios con los que me encuentro sean aquellos que me repiten “no sé... no sé...”. Quizá la sobredosis de imperfección me haya afinado el paladar respecto a los des-agraciados de este mundo, que saben como certeza algo que los demás hacemos cada día por ignorar: que la sensación de control a la que nos aferramos... es mentira.

Puede que (volviendo al inicio) sea la primera visión de mis niños la que consiguiera la cuadratura de mi círculo. Con su sonda por la nariz, en sus pequeñas incubadoras, con los velcros de sus pañales de prematuro solapándose uno encima del otro... Esperando a que la vida señalara con el

pulgar hacia arriba... o hacia abajo. Tan perfectos a mis ojos... Quizá es por ellos que mi paladar para reconocer la vida pueda parecer disonante. Porque yo veo Vida (así, con mayúsculas) en las personas a las que acompaño en su último tramo. Vida sin caretas, a la intemperie, desde la profundidad que impregna la vulnerabilidad en su extremo... Vida engalanada de dependencia, de esa que abre la puerta a la entrega sin méritos... Vida a tientas, a oscuras con el dolor y el sinsentido, que se cuestiona a sí misma... Vida imperfecta e incierta, anhelante de un futuro sin relojes y preñada de muerte desde que nacemos...

Pero Vida, al fin... Vida sin control y a campo abierto. Mediante estas líneas, me declaro PRIVILEGIADO y HONRADO por la Vida al Final de la Vida con la que mis pacientes y familias me regalan cada día. En sus casas, la Vida se deposita en mi alma como el rocío en la madrugada: desde el silencio, las miradas, a veces las palabras; en el hondo respeto, en todo momento, del que sabe que contempla algo puro, una especie de aurora boreal cotidiana y maravillosamente imperfecta.



En el principio, siempre ha estado el final. Bien lo saben mis huesos. Anónimo